

de Capua, que en vista del alejamiento de Anibal y de las pocas dificultades que ofrecía el sitio, viniese á Roma uno de ellos para la elección de magistrados. Al recibir esta carta, convinieron que marchase Claudio á presidir los comicios y que quedase Fulvio delante de Capua. Claudio nombró cónsules á Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, hijo de Servio, que todavía no había ejercido magistratura curul. Los pretores elegidos en seguida fueron L. Cornelio Léntulo, M. Cornelio Cetego, C. Sulpicio y C. Calpurnio Pisón, quien quedó encargado de administrar justicia en Roma; Sulpicio recibió la Sicilia; Cetego la Apulia, y Léntulo Cerdeña. A los cónsules les prorrogaron el mando por un año.

FIN DEL LIBRO XXV.

Los cónsules Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, habiendo tomado en los idus de Marzo posesión de su cargo, convocaron al Senado en el Capitolio, con objeto de consultar acerca de los intereses de la república, la dirección de la guerra y la distribución de las provincias y del ejército. Prorrogóse el mando á Q. Fulvio y Ap. Claudio, cónsules del año anterior, dejáronles los ejércitos que habían tenido á sus órdenes, y les excitó á que no abandonaran el sitio de Capua hasta que lo terminasen. Esta era la empresa que preocupaba más entonces á los romanos, no tanto por el resentimiento más legítimo que jamás existió, como porque la toma de una ciudad tan célebre y poderosa, que había arras-

de Capua, que en vista del alejamiento de Anibal y de las pocas dificultades que ofrecía el sitio, viniese á Roma uno de ellos para la elección de magistrados. Al recibir esta carta, convinieron que marchase Claudio á presidir los comicios y que quedase Fulvio delante de Capua. Claudio nombró cónsules á Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, hijo de Servio, que todavía no había ejercido magistratura curul. Los pretores elegidos en seguida fueron L. Cornelio Léntulo, M. Cornelio Cetego, C. Sulpicio y C. Calpurnio Pisón, quien quedó encargado de administrar justicia en Roma; Sulpicio recibió la Sicilia; Cetego la Apulia y Léntulo Cerdeña. A los cónsules les prorrogaron el mando por un año.

LIBRO XXVI.

SUMARIO.

Anibal acampa á tres millas de Roma: avanza hasta la puerta Capena. La tempestad impide el combate.—Los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio se apoderan de Capua. Decapitación de los senadores campanios.—Nómbrase por unanimidad en los comicios general para España á Escipión, hijo de Publio. A la edad de veinticuatro años se apodera en un día de Cartagena.—Atribúyesele origen divino.—Asuntos de Sicilia.—Alianza con los etolios.—Guerra contra los acarnanios y contra Filipo, rey de Macedonia.

Los cónsules Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, habiendo tomado en los idus de Marzo posesión de su cargo, convocaron al Senado en el Capitolio, con objeto de consultar acerca de los intereses de la república, la dirección de la guerra y la distribución de las provincias y del ejército. Prorrogóse el mando á Q. Fulvio y Ap. Claudio, cónsules del año anterior; dejáronles los ejércitos que habían tenido á sus órdenes, y les excitó á que no abandonaran el sitio de Capua hasta que lo terminasen. Esta era la empresa que preocupaba más entonces á los romanos, no tanto por el resentimiento más legítimo que jamás existió, como porque la toma de una ciudad tan célebre y poderosa, que había arras-

trado algunos pueblos en su defección, debía inclinar de nuevo los ánimos al respeto por la antigua dominación. Los pretores del año anterior, M. Junio en Etruria y P. Sempronio en la Galia, conservaron sus mandos con dos legiones que les estaban asignadas. M. Marcelo recibió orden de permanecer en Sicilia, en calidad de procónsul, para terminar allí la guerra; al frente del ejército que le estaba confiado: si necesitaba refuerzos, podría sacarlos de las legiones que mandaba P. Cornelio, propretor en Sicilia, con tal que no elegiese ningún soldado de los que el Senado no quería ni licenciar ni hacer volver á Italia antes de la terminación de la guerra. C. Sulpicio, á quien tocó la Sicilia, recibió las legiones que había mandado P. Cornelio, y las aumentó con el ejército de Cn. Fulvio, que el año anterior fue vergonzosamente derrotado y puesto en fuga en la Apulia. El Senado había decretado que el servicio de aquellos soldados cobardes, como el de los fugitivos de Cannas, no terminaría sino con la guerra; añadiendo la ignominiosa prohibición para unos y para otros, de invernarse en las plazas fuertes, ó de construir cuarteles á menos de diez millas de distancia de cualquier ciudad. Confióse á L. Cornelio el gobierno de la Cerdeña con dos legiones que habían servido bajo Q. Mucio; en cuanto á refuerzos, los cónsules podían disponer levas de los que se necesitasen. Conservóse á T. Otacilio y á M. Valerio el mando de las costas de la Sicilia y de la Grecia con las legiones y las flotas que tenían. Guardaban la Grecia cincuenta naves y una legión; la Sicilia, cien naves y dos legiones. En este año se pusieron en pie de guerra veintitrés legiones romanas para combatir por mar y tierra.

Al principio del año, cuando se trató de las cartas de L. Marcio, sus hazañas parecieron muy brillantes al Senado; pero el título de honor que tomó al escribir

como propretor al Senado, título que no tenía ni por voluntad del pueblo, ni por la autoridad de aquella asamblea, extrañó á muchos ciudadanos. Ejemplo pernicioso era la elección de generales por los ejércitos; la solemnidad de los comicios legítimos pasando á los campamentos y las provincias, lejos de las leyes y de los magistrados y abandonada al capricho de los soldados. Creían algunos que era necesario someter la cuestión al Senado; pero se consideró más conveniente aplazar la deliberación hasta que marchasen los caballeros que habían traído las cartas de Marcio. Convino en contestar á la petición que hacia de trigo y ropas para el ejército «que el Senado se ocuparía de las dos cosas;» pero se decidió no emplear la fórmula «al propretor L. Marcio,» con objeto de que no considerase como resuelta una cuestión cuyo examen se reservaban. Cuando partieron los caballeros, esto fué lo primero que propusieron los cónsules, y por unanimidad se adoptó la resolución de invitar á los tribunos para que consultasen al pueblo, en el plazo más corto posible, qué general quería enviar á España á mandar el ejército que había servido á las órdenes de Cn. Escipión. Convenido este asunto con los tribunos, se llevó ante el pueblo; pero otro debate preocupaba los ánimos. C. Sempronio Bleso, que había acusado á Cn. Fulvio, á causa de la pérdida del ejército de la Apulia, pronunciaba contra él en las asambleas discursos en los que repetía que «muchos generales por su ceguedad é incapacidad habían llevado ejércitos á la ruina; pero que ninguno, exceptuando Cn. Fulvio, había corrompido sus legiones con toda clase de vicios antes de entregarlas. Así es que podía decirse con verdad que antes de ver al enemigo, ya no existían, y que no las venció Aníbal, sino su propio general. Al votar, no se mostraban bastante severos en la elección de aquellos á quie-

nes se confiaba el mando de los ejércitos. ¡Qué diferencia entre este general y T. Sempronio! Puesto éste al frente de un ejército de esclavos, consiguió muy pronto con la severidad de la disciplina y del mando, que olvidando bajo las armas su estado y su origen, llegasen á ser apoyo de los aliados y terror de los enemigos. De las garras de Aníbal arrancaron á Cumas, Benevento y otras ciudades para devolverlas al pueblo romano. Cn. Fulvio había tenido bajo sus órdenes un ejército de verdaderos romanos, hombres de esclarecido nacimiento y de educación liberal; les había imbuído en vicios de esclavos; por culpa suya se hicieron altaneros y violentos con los aliados, cobardes y sin energía delante del enemigo, y no pudieron resistir el choque, ni siquiera el grito de los cartagineses. No era de extrañar ciertamente que los soldados no hubiesen podido resistir en el campo de batalla, cuando el primero que huyó fué el general; mucho más lo era que muchos de ellos hubiesen muerto con las armas en la mano y que todos no hubiesen participado del terror y la fuga de Cn. Fulvio, Cn. Flaminio, L. Paulo Emilio, L. Postumio, Cn. y P. Escipión prefirieron perecer en la pelea antes que abandonar sus tropas envueltas por todas partes. Cn. Fulvio volvió casi solo á Roma para anunciar la pérdida del ejército. Con repugnante injusticia, las legiones de Cannas, culpables de haber huído del campo de batalla, fueron deportadas á Sicilia, sin poder salir de allí hasta que el enemigo abandone la Italia; reciente decreto había impuesto igual castigo á las legiones de Cn. Fulvio; ¡y la fuga de éste, en un combate temerariamente emprendido por él, quedaría impune! ¡y pasaría su vejez en los parajes de desorden y prostitución donde había disipado su juventud; mientras que soldados cuyo solo delito era haber imitado á su general, serían relegados á una manera de destierro y condenados á un servicio

ignominioso! ¡Tanta diferencia había en Roma entre la libertad del rico y la del pobre, entre la del constituido en dignidad y la del simple ciudadano!»

El acusado atribuía la falta á los soldados: «Sus gritos sediciosos le obligaron á llevarles al combate, no el mismo día que lo exigieron, porque estaba muy avanzado, sino al siguiente, en el que, á pesar de haberles asegurado las ventajas del tiempo y el terreno, no pudieron resistir la fama ó el choque de los enemigos. En aquel desorden, en aquella fuga general, le arrastró la multitud, como á Varrón en la batalla de Cannas y como á otros muchos generales. Si hubiese resistido solo á los enemigos, ¿en qué hubiese remediado su muerte los desastres de la patria? No le sorprendió la escasez de víveres; no se había comprometido temerariamente en posiciones desventajosas, no había caído en emboscadas por no reconocer los parajes; á fuerza abierta, con las armas en la mano y en batalla campal, había sido vencido; no fué dueño ni del valor de los suyos ni de el del enemigo: la audacia ó el valor dependen del carácter de cada uno.» Acusado dos veces, se le condenó á una multa; á la tercera, se adujeron testigos, y como muchos de ellos, atribuyéndole la culpa de todo, afirmaban bajo juramento que el pretor fué quien dió la señal de la fuga y del espanto, y que, abandonados de esta manera los soldados, volvieron la espalda, persuadidos de que el temor de su jefe era muy fundado, poseída de profunda indignación la asamblea, exclamó que era necesario imponer una pena capital. Entonces comenzaron nuevos debates. El tribuno que dos veces había pedido la multa, pidió ahora la pena capital. Otros tribunos á quienes apeló, contestaron: «Que no se oponían á que su colega, usando un derecho consagrado por los antepasados, invocase contra un simple particular las leyes y las costumbres,

hasta hacerle condenar á una pena capital ó á la multa.» Entonces dijo Sempronio: «que pedía contra Cn. Fulvio la pena del crimen de estado,» y pidió á C. Calpurnio, pretor urbano, la convocación de los comicios por centurias. El acusado acarició entonces otra esperanza, pensando en pedir por defensor á su hermano Q. Fulvio, que gozaba entonces de mucha influencia á causa de la fama de sus hazañas y de la esperanza que daba de tomar muy pronto á Capua. Este escribió al Senado cartas suplicatorias, en las que pedía defender á su hermano en aquella acusación capital; pero ante la negativa de los senadores, que creían contrario á los intereses de la república su alejamiento de Capua, Cn. Fulvio, sin esperar el día de los comicios, marchó á Tarquinios y el pueblo confirmó el destierro con su sentencia.

Entretanto, todo el esfuerzo de la guerra se había reconcentrado contra Capua, que más bien estaba bloqueada que sitiada. Los esclavos y la plebe no podían soportar ya el hambre, ni la plaza enviar mensajeros á Aníbal: tan estrechamente bloqueada estaba. Encontróse al fin un nómada á quien se entregó una carta bajo promesa de que escaparía, y que, fiel á su compromiso, consiguió durante la noche atravesar las líneas romanas. Esta evasión alentó á los campanios á intentar una salida general mientras les quedaban fuerzas. En los combates de caballería tenían incontestable ventaja, pero su infantería quedaba derrotada. Sin embargo, los romanos experimentaban menos alegría por sus triunfos que tristeza por sus descalabros causados por un enemigo sitiado y casi en su poder. El arte vino al fin á suplir la fuerza que faltaba á la caballería; en todas las legiones se eligieron los jóvenes más ágiles y vigorosos; diéronles escudos más cortos que los de los jinetes, y siete venablos de cuatro pies de largos y ter-

minados con un hierro como el de los que usaban los vélites. Los jinetes tomaron á cada uno de ellos á la grupa y les acostumbraron á mantenerse á su espalda y á lanzarse al suelo á la primera señal. Cuando después de diarios ejercicios se encontraron bastante adiestrados, avanzaron por la llanura que se extendía entre el campamento y las murallas contra la caballería campania, formada en batalla. Cuando llegaron al alcáncé de los venablos, lánzase á tierra los vélites, y convertidos repentinamente de jinetes en infantes, se lanzan sobre las turmas enemigas arrojando vigorosamente sus venablos uno tras otro, con los que hirieron considerable número de jinetes y caballos; pero la novedad de aquella maniobra y la sorpresa fueron la causa principal del terror del enemigo. La caballería romana, precipitándose sobre la campania, sobrecogida ya de espanto, hizo muchos estragos en ella, persiguiéndola hasta las puertas de la ciudad. Desde entonces las fuerzas romanas tuvieron también la superioridad en la caballería, y los vélites quedaron en adelante agregados á las legiones. Dicese que fué autor de esta reforma un centurión llamado Q. Navio, y que le fué muy honrosa ante el general.

Tal era la situación de los asuntos alrededor de Capua: Aníbal vacilaba entre el deseo de apoderarse de la ciudadela de Tarento y el de conservar Capua: decidióse sin embargo por esta ciudad, sobre la que veía fijas todas las miradas de los aliados y los enemigos y que debía servir de ejemplo, cualquiera que fuese el resultado de aquella defección. Dejó, pues, en el Brucio considerable parte de sus bagajes y todos los soldados pesadamente armados; se puso al frente de aquellos infantes y jinetes que consideró más á propósito para una marcha forzada y se dirigió á la Campania; á pesar de la precipitación, se hizo seguir por treinta y tres

elefantes. Detúvose en lo profundo de un valle; detrás del monte Tifato, que domina á Capua; y habiendo tomado por fuerza, á su llegada, la fortaleza de Galacia y arrojado la guarnición, volvió sus fuerzas contra los sitiadores. Por medio de mensajeros había prevenido á los sitiados el momento en que comenzaría el ataque; con objeto de que se preparasen por su parte para hacer simultáneamente una salida general. Esta maniobra produjo mucho espanto á los romanos; porque mientras Anibal les estrecha en un punto, todos los campanios, infantes y jinetes, y con ellos la guarnición cartaginesa mandada por Hannón y Bostar, caen sobre ellos en otro punto. En esta repentina alarma, los romanos, para no dejar sin defensa una parte de su campamento mientras protegían la otra, dividieron también sus tropas: Apio Claudio sostuvo el ataque de los campanios y Fulvio el de Anibal. El propretor C. Nerón, con la caballería de la sexta legión, marchó por el camino de Suesula: el legado C. Fulvio Flaco, al frente de la caballería auxiliar, delante del Vulturno. La batalla comenzó en medio de los gritos y tumulto acostumbrados; pero además del estrépito de los guerreros, caballos y armas, la multitud, inútil para el combate, que coronaba las murallas, hizo resonar clamores y el choque de vasos de bronce, como ordinariamente se hace en los eclipses de luna, en medio del silencio de la noche, y tal fué el fragor, que llamó la atención hasta de los combatientes. Apio rechazaba fácilmente á los campanios; Fulvio peleaba con fuerzas mayores, viéndose estrechado por Anibal y los cartagineses. La sexta legión perdió allí terreno, y fué rechazada por una cohorte española que, con tres elefantes, penetró hasta las fortificaciones; ya había perforado el centro y corría por tanto probabilidad favorable ó peligrosa, pudiendo forzar el campamento romano ó verse cortada. Viendo Fulvio el des-

orden de la legión y el peligro que amenaza al campamento, exhorta á Q. Navio y á los otros centuriones principales: «á que ataquen á la cohorte enemiga que combate al pie de las empalizadas; la posición es muy crítica; ó hay que dejar el camino libre á los españoles, que penetran en el campamento con más facilidad que han penetrado á través de las apretadas filas romanas, ó hay que exterminarlos en los parapetos. No era esto por manera difícil, porque los españoles eran pocos y estaban separados de los suyos; y la misma legión, que por haberse alarmado, parecía cortada, solamente tenía que hacer frente por los dos lados al enemigo para cambiar la suerte del combate y envolverlo.» Al oír estas palabras del general, Navio arrebató á un signífero la enseña del segundo manipulo de hastatos y amenaza arrojarla á las filas enemigas si los soldados no le siguen en el acto y entran en combate. La estatura de Navio era notable, realzándola la brillantez de sus armas; esto y la enseña que tenía levantada, llamó la atención de los romanos y de los enemigos. Así fué que en cuanto llegó á la primera fila de los españoles, le lanzaron multitud de venablos, volviéndose contra él la cohorte casi entera; pero ni la multitud de enemigos ni la nube de venablos pudieron detener la impetuosidad de aquel guerrero.

En el mismo momento, el legado M. Atilio obliga al signífero del primer manipulo de la misma legión á llevar la enseña en medio de la cohorte española. Por su parte, los legados guardianes del campamento, L. Porcio Licinio y T. Popilio, combaten valerosamente delante de las empalizadas y matan los elefantes en las mismas puertas que querían atravesar. Llenando el Foro los cuerpos de aquellos animales, forman como terraplén ó puente que da paso á los enemigos; y allí sobre los cadáveres de los elefantes se libra sangriento

combate. En la otra parte del campamento estaban ya rechazados los campanios y la guarnición cartaginesa, peleándose cerca de la puerta misma de Capua que da al Vulturno: los romanos tuvieron que resistir menos á los enemigos armados que á las balistas y escorpiones colocados sobre las murallas, y que, alcanzando muy lejos, rechazaban á los sitiadores. Además una herida del general Ap. Claudio contuvo su ardor. En el momento en que exhortaba á los suyos delante de las enseñas, le alcanzó un venablo en el pecho, por debajo del hombro izquierdo. Sin embargo, considerable número de enemigos fueron exterminados delante de la puerta, siendo los demás arrojados en desorden á la misma ciudad. Aníbal, después de ver el exterminio de la cohorte española y la encarnizada defensa del campamento romano, renunciando á forzarlo, mandó retirar las enseñas y la infantería, siguiendo la caballería como retaguardia para impedir que le hostigase el enemigo. Las legiones ardían en deseos de perseguir á los cartagineses; pero Flaco mandó tocar retirada, contentándose con la doble ventaja que había obtenido, demostrando á los campanios que no les serviría de mucho Aníbal y haciéndolo comprender así á este mismo. Los historiadores que hablan de esta batalla dicen que en aquella jornada murieron ocho mil hombres del ejército de Aníbal y tres mil del de los campanios; que arrebataron quince enseñas á los cartagineses y diez ochó á los campanios. Otros escritores no dan tanta importancia al combate y pretenden que hubo en él más terror que matanza. Estos dicen que los nómidas y los españoles cayeron de pronto con sus elefantes sobre el campamento romano. Corriendo aquí y allá aquellos animales, derribaron estrepitosamente las tiendas y pusieron en fuga las bestias de carga, que rompían los ronzales: añaden que una astucia de Aníbal aumentó el desor-

den; que sus exploradores, que hablaban la lengua latina, daban orden á los soldados en nombre de los cónsules para que se refugiasen apresuradamente en las montañas inmediatas, porque el campamento no podía resistir más; pero que descubierto muy pronto el artificio, terminó con extraordinaria matanza de enemigos y que el fuego apartó del campamento á los elefantes. Pero cualesquiera que fuesen el origen y término de este combate, fué el último que se libró antes de la rendición de Capua. El Medixtútico, que es el magistrado supremo de los campanios, era aquel año un tal Sepio Lesio, de obscuro nacimiento y mediano caudal. En su infancia, estando celebrando su madre un sacrificio para conjurar un presagio de familia, dijo el arúspice que algún día llegaría á la primera dignidad de Capua. No viendo aquella mujer fundamento alguno para tal esperanza, contestó: «Presagias á los campanios una situación desesperada, si mi hijo ha de elevarse á tanto honor.» Esta burla de un vaticinio que había de verificarse quedó justificada también por los hechos. En efecto, cuando el hierro y el hambre estrechaban á Capua; cuando no quedaba esperanza y aquellos á quienes su nacimiento llamaba á las dignidades, declinaban el honor, Lesio, á fuerza de censurar á los ciudadanos principales porque desertaban y hacían traición á Capua, obtuvo la magistratura suprema, siendo el último campanio que la ejerció.

Reconociendo Aníbal la imposibilidad de atraer á los romanos á otro combate, y de abrirse paso á Capua á través de su campamento; temiendo además que los nuevos cónsules le cortasen los víveres, resolvió abandonar una empresa inútil y levantar el campamento. Mientras meditaba hacia qué punto se dirigiría, repentina reflexión le hizo marchar sobre el mismo foco de la guerra, sobre Roma. Censurábanle haber dejado es-

capar, después de la batalla de Cannas, una ocasión ardentemente deseada, y él mismo no ocultaba su falta. «A favor de un ataque imprevisto y del terror que causaría, podía esperar apoderarse de alguna parte de la ciudad; y si Roma estaba en peligro, los dos generales romanos, ó al menos uno de ellos, abandonarían en seguida á Capua; la división de sus tropas les debilitaría á los dos y le proporcionarían á él ó á los compañeros ocasión de derrotarlos.» Un solo cuidado le inquietaba; su marcha podía ser la señal de la rendición de Capua. A fuerza de regalos decidió á un número á atreverse á todo, á encargarse de una carta, á entrar como desertor en el campamento romano y á penetrar en seguida secretamente en la ciudad. La carta era muy animadora: «Su retirada, exigida por la salvación misma de los capuanos, debía obligar á los generales romanos y á sus ejércitos á marchar á la defensa de Roma y abandonar el sitio de Capua. Si no perdían el valor, si resistían algunos días más, la ciudad se vería enteramente libre del bloqueo.» En seguida se apoderó de las naves que se encontraban en el Vulturno y las hizo remontar hasta el fuerte que había mandado construir para defender aquella posición. Viendo que había bastantes para que pasasen sus tropas en una noche, mandó preparar víveres para diez días, y durante la noche llevó las legiones á la orilla del río, que atravesó antes de amanecer.

Antes de ejecutar este proyecto, los desertores enteraron de él á Fulvio Flaco, que escribió al Senado romano, y la noticia afectó á cada uno según su carácter. Lo crítico de la situación hizo que se convocase en seguida al Senado. P. Cornelio, denominado Asina, quería que se llamase de toda Italia á todos los jefes y todos los ejércitos; que se prescindiese de Capua y de todas las demás empresas para defender á Roma. Fabio Máximo contestó: «que levantar el sitio de Capua, tem-

blar tanto al menor movimiento de Aníbal y preocuparse de aquella manera por sus marchas y contramarchas, le parecía vergonzoso. El vencedor de Cannas no se atrevió á marchar sobre Roma; rechazado hoy delante de Capua, ¿habría concebido la esperanza de apoderarse de ella? No, no venía á poner sitio á Roma, sino que quería libertar á Capua. Roma debía encontrar defensores en el ejército que tenía en su recinto, en Júpiter, testigo de los tratados violados por Aníbal, y en los demás dioses.» Siguiendo el término medio entre estas opuestas opiniones, venció la de P. Valerio Flaco, que conciliaba todos los intereses. Este propuso «que se escribiera á los generales que se encontraban delante de Capua y les enterasen de las fuerzas que tenía Roma para su defensa; ellos sabían con cuántas tropas marchaba Aníbal y cuántas necesitaban para continuar el sitio. Si uno de los jefes podía separarse con parte de las legiones, dejando á su colega delante de Capua con fuerzas suficientes para reducirla, Claudio y Fulvio debían decidir juntos cuál de los dos había de continuar el sitio y cuál acudir á Roma para proteger la patria.» A la recepción de este senatus-consulto, el cónsul Fulvio, á quien la herida de su compañero obligaba á marchar á Roma, eligió en los tres ejércitos quince mil infantes y mil jinetes y les hizo pasar el Vulturno. Seguro allí de que Aníbal avanzaría por la vía Latina, tomó la vía Apia y envió mensajeros á las ciudades municipales inmediatas al camino, como Secia, Cora y Lanuvio, para que tuviesen víveres preparados y los hiciesen trasladar al camino desde los campos vecinos; además, cada ciudad debía reunir fuerzas para defenderse por sí misma.

El mismo día en que Aníbal cruzó el Vulturno, acampó cerca del río. Al siguiente, pasando delante de Cales, marchó al territorio de Sidicino; detúvose allí un día

entero para talar los campos, y prosiguió la marcha por la vía Latina, por el territorio de Suesula, de Alifano y de Casino. Dos días permaneció bajo las murallas de esta ciudad y taló los campos inmediatos. Desde allí, pasando cerca de Interamna y Aquino, llegó á las llanuras de Fregelas, sobre las orillas del río Liris, donde encontró roto por los fregelanos el puente con objeto de retrasar su marcha. A Fulvio le detuvo primeramente el Vulturno, habiendo quemado las naves Aníbal, y siendo muy difícil por la escasez de maderas la construcción de almadías. Cuando el ejército hubo pasado sobre pontones, Fulvio continuó la marcha sin obstáculos, encontrando abundantes víveres, tanto en las ciudades como en el camino. Poseídos de ardor los soldados se exhortaban mutuamente á redoblar el paso, recordando que marchaban á la defensa de la patria. Un mensajero de Fregelas, que había caminado sin descansar noche y día, difundió profunda alarma en Roma. La afluencia de los habitantes de los campos, cuyos relatos añadían la mentira á la verdad, habían agitado toda la ciudad; no solamente resonaban en las casas los gemidos de las mujeres, sino que las señoras más distinguidas, arrostrando todas las miradas, corrían en grupos á los templos; y con el cabello suelto, arrodilladas ante los altares, elevadas las manos á los dioses, suplicaban que arrancasen á Roma de las manos de los enemigos, que salvarsen el honor y la vida de las madres romanas y de sus tiernos hijos. El Senado se reunió en el Foro, dispuesto á ayudar á los magistrados en sus decretos. Unos reciben órdenes y corren adonde les llama su cargo; otros acuden espontáneamente á ofrecer sus servicios; colócanse tropas en la fortaleza, en el Capitolio, en los baluartes, alrededor de la ciudad, en el monte Albano y en el fuerte de Esula. En medio de este tumulto se sabe que el procónsul Q. Fulvio ha partido de

Capua con su ejército. Para que no disminuyese su autoridad (1) á su entrada en Roma, decretó el Senado que su autoridad sería igual á la de los cónsules. Aníbal, vengándose de la ruptura del puente con la devastación completa del territorio de Fregelas, atravesó las llanuras de Frusina, de Ferencia y de Anagnia y llegó al Lavico. Desde allí, tomando por el monte Algido, presentóse delante de Túsculum, cuyas puertas le cerraron; pasó más abajo de esta ciudad, giró á la derecha y descendió á Galias. En seguida avanzó sobre Pupina y fué á acampar á ocho millas de Roma. Cuanto más se acercaba el enemigo, más espantosa era la matanza que hacían de los fugitivos los númidas que formaban la vanguardia; haciendo también muchos prisioneros de todo sexo y edad.

En medio de esta conmoción, entró en Roma Fulvio Flaco con su ejército por la puerta Capena y atravesó el barrio de las Carinas (2) y de las Esquilias, marchando en seguida á acampar entre las puertas Esquilina y Colina. Los útiles plebeyos le suministraron víveres; los cónsules y el Senado se trasladaron al campamento, y allí deliberaron acerca de las extraordinarias necesidades de la república. Decidióse que los cónsules acamparían entre las puertas Colina y Esquilina; que C. Calpurnio, pretor urbano, tomaría el mando del Capitolio y la fortaleza, y que el Senado permanecería reunido en el Foro, con objeto de poder resolver en los asuntos imprevistos. Entretanto, Aníbal había establecido su campamento en las orillas del Anio, á tres

(1) Los magistrados que ejercían su autoridad fuera de la ciudad, la perdían cuando regresaban de su provincia con ejército ó sin él, desde el momento en que entraban en la ciudad ó transmitían sus facultades á su sucesor.

(2) Las Carinas formaban casi la tercera región de Roma entre las Esquilias y el monte Celio.

millas de Roma. Desde allí avanzó en persona al frente de dos mil jinetes, por el lado de la puerta Colina, hasta el templo de Hércules; y acercándose á caballo todo lo posible, examinó las fortificaciones y posición de la ciudad. Por vergüenza tuvo Flaco dejarle realizar impunemente aquella bravata, y envió algunas turmas con orden de rechazar hasta sus líneas á la caballería enemiga. Ya estaba trabado el combate cuando los cónsules mandaron á los desertores nómidas, que en número de mil doscientos ocupaban el monte Aventino, que cruzasen la ciudad y ganasen las Esquilias, juzgando que no había tropas más á propósito para pelear en medio de los valles, jardines, tumbas y caminos hondos de que estaba lleno aquel barrio. Muchos romanos, viéndoles desde la fortaleza y el Capitolio bajar á caballo por la calle Publicia, gritaron que el Aventino estaba tomado. Estas palabras dieron lugar á tal desorden entre los que huían, que toda aquella espantada multitud se habría lanzado fuera de las murallas, si los cartagineses no hubiesen estado acampados á las puertas mismas de Roma. Entonces se refugió cada cual en su casa, sobre los techos, y abrumaban con piedras y venablos como á otros tantos enemigos á sus mismos conciudadanos errantes aquí y allá por las calles. Imposible era poner término al tumulto y hacer reconocer el error, estando los caminos llenos de campesinos y de animales arrojados hacia la ciudad por repentino terror. Los romanos vencieron en el combate de caballería y los cartagineses quedaron rechazados. Como era necesario reprimir los tumultos que estallaban sin motivo en muchos puntos, decidióse devolver la autoridad á todos los que habían sido dictadores, cónsules ó censores, para que la ejerciesen hasta la retirada del enemigo. En el resto del día y la noche siguiente hubo también muchas alarmas, que fueron disipadas.

A la mañana siguiente, habiendo cruzado el Anio, presentó Anibal sus tropas formadas en batalla; Flaco y los cónsules aceptaron el combate. Frente á frente los ejércitos iban á librar una batalla cuyo premio hubiese sido Roma, cuando lluvia torrencial mezclada de granizo puso tal desorden en los dos bandos, que, pudiendo apenas mantener las armas, se retiraron á sus campamentos, sin haber cedido el campo por miedo unos ni otros. A la mañana siguiente los ejércitos avanzaron en batalla al mismo punto, separándoles igual tempestad; y en cuanto entraron en sus campamentos, restablecióse instantáneamente el buen tiempo. Los cartagineses atribuyeron el prodigio á los dioses, y se oyó exclamar á Anibal: «Que los dioses le negaban unas veces la voluntad y otras la facultad de apoderarse de la ciudad de Roma.» Otras dos circunstancias, una grave y otra ligera, disminuyeron también su esperanza. La primera, muy importante, fué la noticia que recibió Anibal en el momento mismo en que acampaba bajo las murallas de Roma, que partían soldados romanos, con las enseñas al frente, para reforzar el ejército de España: la segunda tenía menos gravedad; supo por un prisionero que había sido vendido el terreno en que acampaba, sin que esta circunstancia hubiese disminuído su precio. Tanto le indignó el orgullo que revelaba el hecho de haber encontrado comprador en Roma el terreno de que la guerra le había hecho dueño, que, llamando en seguida á un pregonero, le mandó que anunciase la subasta de las joyerías que estaban entonces alrededor del Foro romano. Impulsado al fin por todas estas cosas, llevó su campamento á las orillas del río Tucia, á seis millas de Roma, dirigiéndose en seguida al bosque sagrado de Feronia, donde se encontraba un templo célebre entonces por su riqueza. Los capenatos, antiguos habitantes de aquellos parajes, llevando como

ofrendas las primicias de los frutos de la tierra y otros presentes, habían acumulado allí mucho oro y plata. Aníbal despojó el templo de sus tesoros; y después de su marcha, se encontraron trozos de bronce, restos que, por temor religioso, abandonaron los soldados. Todos los escritores están de acuerdo acerca del despojo del templo. Según Celio, Aníbal, marchando sobre Roma, se separó de Ereto, para llegar allí, siguió su camino por Reata, Cutilia y Amiterno, pasó de la Campania al Samnio y de aquí al territorio de los pelignos. Dejando á su lado la ciudad de Sulmona en el territorio de los marrucinos, atravesó el de Alba entre los marsos, llegando en seguida á Amiterno y al pueblo de Fúruos. En esto no hay error; las huellas de un ejército tan numeroso no podían confundirse en el recuerdo habiendo pasado tan poco tiempo; y es efectivamente cierto que Aníbal siguió este camino: lo único que queda por averiguar es, si fué al marchar á Roma ó al regresar á la Campania.

Por lo demás, los romanos mostraron más obstinación en estrechar el sitio de Capua que Aníbal en defenderla; porque pasó de la Lucania al Brucio, marchando hacia el estrecho y Reggio con tal rapidez, que su inesperada presencia estuvo á punto de sorprender á los habitantes. Aunque durante todo este tiempo continuó el sitio con mucho vigor, Capua sin embargo conoció el regreso de Flaco, y extrañó mucho no ver á Aníbal llegar al mismo tiempo que él. Los habitantes se enteraron en seguida de que estaban abandonados, entregados á sí mismos, y que los cartagineses habían perdido la esperanza de conservar Capua. A esta noticia se unió un edicto del procónsul, publicado por un senatus-consulta y difundido entre los enemigos. Este edicto decía: «Que todo ciudadano de Capua que, antes de un día señalado, pasase al campamento romano,

quedaría seguro.» Nadie fué, no tanto por deber como por temor, porque sabían que su defección les había llevado á tales excesos que no podían perdonarles. Pero si el interés personal no impulsaba á ningún particular á entregarse al enemigo, tampoco se tomaba ninguna medida de salvación pública. La nobleza abandonaba completamente el cuidado de los negocios y se negaba á reunirse en Senado. La suprema magistratura estaba en manos de un hombre que, lejos de realzarla, por su baja estofa la había quitado toda su fuerza y dignidad. En el Foro, en los parajes públicos, no se veía ni un ciudadano notable: encerrados en sus casas, esperaban diariamente la ruina de su patria, señal de su pérdida. Todo el cuidado de los negocios gravitaba sobre Bostar y Hannón, jefes de la guarnición cartaginesa; pero atendiendo más á su propio peligro que al de sus aliados, escribieron á Aníbal en términos, no solamente libres, sino ásperos, reconviéndole «por no haber entregado solamente Capua á los romanos, sino por haberles hecho traición y expuesto á todas las torturas, tanto á ellos como á la guarnición: habíase retirado al Brucio, como para no ser testigo de la captura de su ciudad, mientras que ni por el mismo sitio de Roma había conseguido separar á los romanos del de Capua; tanto más constante era el odio romano que la amistad cartaginesa. Si regresaba á Capua, si reconcentraba en este punto todo el vigor de la guerra, estarían preparados, así como los campanios, para hacer una salida. No habían pasado los Alpes para hacer la guerra á Reggio y á Tarento; donde estaban las legiones romanas, allí debía estar también el ejército cartaginés. De esta manera habían vencido en Cannas, y en el Trasimeno, buscando al enemigo, acampando cerca de él y no cesando de probar fortuna.» Las cartas escritas en este sentido las entregaron á númidas que, por una recom-